

habia hallado en ella en una sortija, falta de invencion, pobre de letras, pobrisima de libreas, aunque rica de simplicidades. "Por el mismo caso, respondió Don Quijote, no pondré los piés en Zaragoza; y así, sacaré á la plaza del mundo la mentira de ese historiador moderno, y echarán de ver las gentes cómo yo no soy el *Don Quijote* que él dice.—Hará muy bien, dijo Don Jerónimo; y otras justas hay en Barcelona, donde podrá el señor Don Quijote mostrar su valor.—Así lo pienso hacer, dijo Don Quijote; y vuestas mercedes me dén licencia, pues ya es hora, para irme al lecho, y me tengan y pongan en el número de sus mayores amigos y servidores.—Y á mí tambien, dijo Sancho; quizá seré bueno para algo." Con esto, se despidieron, y Don Quijote y Sancho se retiraron á su aposento, dejando á Don Juan y á Don Jerónimo admirados de ver la mezcla que habia hecho de su discrecion y de su locura, y verdaderamente creyeron que estos eran los verdaderos *Don Quijote* y *Sancho*, y no los que describia su autor aragonés. Madrugó Don Quijote, y, dando golpes al tabique del otro aposento, se despidió de sus huéspedes. Pagó Sancho al ventero magníficamente, y aconsejóle que alabase menos la provision de su venta, ó la tuviese mas proveida.

CAPÍTULO LX.

De lo que sucedió á Don Quijote yendo á Barcelona.

ERA fresca la mañana, y daba muestras de serlo asimismo el dia en que Don Quijote salió de la venta, informándose primero cuál era el mas derecho camino para ir á Barcelona sin tocar en Zaragoza: ¡tal era el deseo que tenia de sacar mentiroso aquel nuevo historiador, que tanto decian que le vituperaba! Sucedió, pues, que en mas de seis dias no le sucedió cosa digna de ponerse en escritura, al cabo de los cuales, yendo fuera de camino, le tomó la noche entre unas espesas encinas ó alcornoques, que en esto no guarda la puntualidad Cide Hamete que en otras cosas suele. Apeáronse de sus bestias, amo y mozo; y, acomodándose á los troncos de los árboles, Sancho, que habia merendado aquel dia, se dejó entrar de rondon por las puertas del sueño; pero Don Quijote, á quien desvelaban sus imaginaciones mucho mas que la hambre, no podia pegar sus ojos; antes iba y venia con el pensamiento por mil géneros de lugares. Ya le parecia hallarse en la cueva de Montesinos; ya, ver brincar y subir sobre su pollina á la convertida en labradora Dulcinea; ya, que le sonaban en los oidos las palabras del sábio Merlin, que le referian las condiciones y diligencias que se habian de hacer y tener en el desencanto de Dulcinea. Desesperábase de ver la flojedad y caridad poca de Sancho su escudero, pues, á lo que creia, solos cinco azotes se habia dado, número desigual y pequeño para los infinitos que le faltaban; y desto recibió tanta pesadumbre y enojo, que hizo este discurso: "Si nudo gordiano cortó el Magno Alejandro, diciendo: *tanto monta cortar como desatar*, y no por eso dejó

de ser universal señor de toda la Asia, ni mas ni menos podria suceder ahora en el desencanto de Dulcinea, si yo azotase á Sancho á pesar suyo; que si la condicion deste remedio está en que Sancho reciba los tres mil y tantos azotes, ¿qué se me da á mí que se los dé él, ó que se los dé otro, pues la sustancia está en que él los reciba, lleguen por dó llegaren?" Con esta imaginacion se llegó á Sancho, habiendo primero tomado las riendas de Rocinante; y, acomodándolas en modo que pudiese azotarle con ellas, comenzóle á quitar las cintas, que es opinion que no tenia mas que la delantera, en que se sustentaban los gregüescos; pero apenas hubo llegado, cuando Sancho despertó en todo su acuerdo, y dijo: "¡Qué es esto! ¿quién me toca y desencinta?—Yo soy, respondió Don Quijote, que vengo á suplir tus faltas, y á remediar mis trabajos: véngote á azotar, Sancho, y á descargar, en parte, la deuda á que te obligaste. Dulcinea perece; tú vives en descuido; yo muero deseando; y así, desatácate por tu voluntad, que la mia es de darte, en esta soledad, por lo menos dos mil azotes.—¡Eso no! dijo Sancho; vuesa merced se esté quedo; si no, ¡por Dios verdadero, que nos han de oír los sordos! los azotes á que yo me obligué, han de ser voluntarios, y no por fuerza; y ahora no tengo gana de azotarme; basta que doy á vuesa merced mi palabra de vapularme y mosquearme cuando en voluntad me viniere.—No hay dejarlo á tu cortesía, Sancho, dijo Don Quijote, porque eres duro de corazon, y, aunque villano, blando de carnes:" y así, procuraba y pugnaba por desenlazarle. Viendo lo cual Sancho Panza, se puso en pié, y arremetiendo á su amo, se abrazó con él á brazo partido, y, echándole una zancadilla, dió con él en el suelo, boca arriba: púsole la rodilla derecha sobre el pecho, y con las manos le tenia las manos, de modo que ni le dejaba rodear ni alentar. Don Quijote le decia: "¡Cómo, traidor! contra tu amo y señor natural ¿te desmandas? con quien te da su pan ¿te atreves?—Ni quito rey ni pongo rey, respondió Sancho, sino ayúdome á mí, que soy mi señor: vuesa merced me prometa que se estará quedo, y no tratará de azotarme por agora, que yo le dejaré libre y desembarazado; donde no,

¡Aquí morirás, traidor,
enemigo de Doña Sancha!"

Prometióselo Don Quijote, y juró por vida de sus pensamientos no tocarle en el pelo de la ropa, y que dejaría en toda su voluntad y albedrio el azotarse cuando quisiese. Levantóse Sancho, y desvióse de aquel lugar un buen espacio, y yendo á arrimarse á otro árbol, sintió que le tocaban en la cabeza; y, alzando las manos, topó con dos piés de persona, con zapatos y calzas. Tembló de miedo; acudió á otro árbol, y sucedióle lo mismo: dió voces, llamando á Don Quijote que le favoreciese. Hizolo así Don Quijote; y, preguntándole qué le habia sucedido, y de qué tenia miedo, le respondió Sancho, que todos aquellos árboles estaban llenos de piés